

### CAPITULO LIII.

Quejas y reclamaciones de las potencias.—Retirada de nuestro embajador en Londres.—Inglaterra declara la guerra á España.  
Maquinaciones de Alberoni.

Las quejas y reconvenções del Gobierno español subieron de punto cuando se tuvo conocimiento de la derrota de nuestra escuadra, debida, más que á nada, á una intervencion incomprensible y que nadie se explicaba por parte de una nacion que, lejos de dar pruebas de hallarse en sentido hostil para con nosotros, habia dado las mayores seguridades de su amistad y buenos deseos.

El marqués de Monteleon, que á la sazón desempeñaba el cargo de embajador de España en Londres, dirigió una fuerte nota al secretario de estado ingles, censurando en términos enérgicos la conducta del almirante Byng, que, excediéndose sin duda de las atribuciones que llevaba, y faltando al papel de mediador que en Sicilia debia haber desempeñado, se presentaba descaradamente como enemigo, realizando un acto de ingratitud para con España.

En su consecuencia anunciaba que no podia continuar desempeñando el cargo de embajador hasta tanto no recibiera instrucciones á que ajustar su conducta. El ministro ingles dirigió la contestacion á esta nota por espacio de tres semanas, y no siendo satisfactoria la que al fin diera despues de la relacion oficial enviada por el Almirante, Alberoni, en un despacho que dirigió á nuestro embajador, fechado en 26 de setiembre de 1718 por orden y mandato del Rey, le decia, entre otras cosas, lo siguiente:

«La mayor parte de Europa está con impaciencia por saber cómo el ministro ingles se podrá justificar con el mundo despues de una violencia tan precipitada. S. M. no puede jamas persuadirse de que una violencia tan injusta y tan generalmente desaprobada haya sido fomentada por la nacion británica, habiendo sido siempre enemiga de sus aliados, agradecida á la España, y á los beneficios que ha recibido de S. M. C... Todos estos motivos y aquel que S. M. tiene (con gran disgusto) de ver como se corresponde á sus gracias, la reflexion de su honor agraviado con una impensada ofensa y hostilidad, y la consideracion de que despues de este último suceso la representacion del carácter y ministerio de V. E., será superfluo en esta corte, en donde V. E. será mal respetado, han obligado al Rey católico á ordenarme diga á V. E. que, al recibo de ésta, parta luego de Inglaterra, habiéndolo así resuelto. Dios guarde, etc.»

Tan pronto como nuestro embajador recibió el citado despacho, sin detenerse más tiempo que el precisamente necesario, sin despedirse de nadie, partió inmediatamente para el Haya, donde se unió con el marqués de Beretti Landi, haciendo ver á los Estados generales, con palpables pruebas y suficientes documentos, las fundadas razones que habia tenido el rey de España para obrar de aquel modo.

Entónces principiaron á manifestarse de una manera clara y terminante los hechos hostiles que cada nacion, firme en su empeño y decidida á realizar sus propósitos, principió á llevar á cabo actos reprobados á todas luces, mucho más si se atiende á la mala fe con que se obraba.

Felipe V dió orden para que en el plazo más breve salieran de su territorio los cónsules ingleses, tomando represalias en todo lo de aquella nacion que viniera á mano. Mandó que se dieran patentes de corso. Esta última determinacion produjo males sin cuento, pues al tener conocimiento de ella, hicieron lo mismo el Emperador y el rey de Sicilia, con lo que los mares se llenaron de piratas, que grandemente perjudicaron al comercio de todas las naciones, que, aunque anticipadamente, podemos decir se hallaban ya en guerra descubierta.

Pruebas son estas de que el único deseo que las animaba era el de perjudicarse, por cuanto de muy antiguo se sabia que el librar patentes de corso conducia sólo á la ruina del comercio de las naciones que las expedían, en provecho de unos cuantos que, obrando por cuenta propia, no protegían ni al uno ni al otro bando, sino que perseguían á los dos.

Esto fué causa de que Alberoni dirigiese una nueva carta á Monteleon, que principiaba del siguiente modo: «Aunque la mala fe del ministerio británico se haya dado bastantemente á conocer por la injusta é improvisada hostilidad que el caballero Byng ha cometido contra la escuadra de S. M., no obstante, como Mr. Craigs, secretario de Estado, por la carta que escribió á V. E. parece querer persuadir al público de lo contrario, es indispensable el repetir á V. E. que este suceso era ya premeditado, y que el almirante Byng ha disimulado su intencion para mejor abusar de la confianza de nuestros generales en Sicilia, bajo la palabra que se les habia dado de que no se cometería hostilidad alguna.» Y en uno de los párrafos decia: «No se niega aquí que pueda haber sido arrestado el cónsul ingles ó mandado hacer alguna otra represalia; pero ciertamente estas cosas no habrán precedido al combate naval. Y del modo que el ministerio de Londres habla, no solamente quiere disponer de los reinos y provincias ajenas, pero pretende tambien que se sufra y disimule la osadía de sus insultos y la violencia de su proceder.»

Conocidas las notas que entre los ministros habian mediado, y el lenguaje que se habia empleado, es fácil suponer que la guerra entre ambas potencias era inminente. El rey Jorge procuró que las

dos Cámaras aprobaran el hecho del almirante Byng, y habiendo conseguido que tambien votaran los recursos que para ello necesitaba, determinó declarar la guerra á España, haciéndolo así en un manifiesto que publicó el 27 de diciembre de 1718, y cuyos principales párrafos transcribimos: «Hallándonos empeñados con diversos tratados á mantener la neutralidad de Italia y á defender á nuestro buen hermano el emperador de Alemania en la posesion de los reinos, provincias y derechos que gozaba en Europa, y deseando ardientemente establecer la paz y la tranquilidad de la Cristiandad sobre los fundamentos más justos y duraderos que nos fuesen posibles, hemos á este fin comunicado de cuando en cuando nuestros pensamientos y nuestras intenciones pacíficas al rey de España por medio de sus ministros, y teniamos concebida la esperanza que habian de tener su aprobacion. Y como el dicho rey de España tenia invadida con hostilidad y de una manera injusta la isla y reino de Sicilia, le hemos hecho proponer amigables representaciones sobre este punto; mas hallándonos obligados á mantener y esforzar nuestras instancias, y con un armamento naval enviamos en el verano pasado nuestra flota al Mediterráneo con una llana y sincera intencion de no servirnos de su presencia en aquel mar, sino para sostener la negociacion de paz, á fin de reconciliar las partes que estaban en guerra, y prevenir con aquel medio las calamidades que deberían seguirse.»

Continúa exponiendo en el sentido que le convenia los demas pasos dados con el rey D. Felipe, haciéndole proposiciones de paz; manifiesta las repetidas negativas que habia recibido, las duras contestaciones que sus embajadores habian merecido, el embargo que por el Gobierno de España se habia hecho de muchos buques ingleses, señalándolo como violador de los tratados de Utrecht, Baden y demas, y terminaba de este modo: «Por estos motivos, poniendo nuestra mayor confianza en la ayuda de Dios Todopoderoso, que conoce las intenciones buenas y pacíficas, que siempre hemos tenido, hemos juzgado á propósito declararle la guerra al dicho rey de España, y efectivamente, la declaramos con la presente. Dado en nuestra corte de Saint James á 27 de diciembre de 1718, año quinto de nuestro reinado.»

Sabemos que muchos de los motivos expuestos en el manifiesto de declaracion de guerra eran ciertos, sólo que la Gran Bretaña no procedía de buena fe en el asunto en que, no habiendo conseguido nada por medio de la intriga acudía á las fuerzas de las armas.

Alberoni no se intimidó, ántes al contrario, continuó procurando por todos medios dividir al enemigo que tenia en frente. Conducta política de provechosos resultados en aquellos tiempos de alianza basada en el principio de Maquiavelo, sentado en análogas circunstancias. «Divide y triunfarás», habia dicho el florentino, y justo es confesar que era el más seguro medio, dado el que, en aquella ocasion, España con sus armamentos y con las fuerzas que habia desplegado llegó á excitar los celos y rivalidades de las demas naciones, que no pudieron ménos de extrañar hasta qué punto era rico nuestro país, al que despues de las pasadas guerras y contiendas, creían por completo arruinado.

El Cardenal envió agentes eficaces á las cortes de Suecia y Rusia, cuyos dos soberanos, Carlos XII y el czar Pedro I, tenían resentimientos, procurando que llegaran á una avenencia y unieran sus esfuerzos para realizar sus deseos, que eran los de llevar al trono de Inglaterra al pretendiente Jacobo III, y para más animarles les prometió la ayuda de España para ello.

Llegó á estar tan adelantada esta negociacion, que Alberoni creyó que al fin su anhelo tendría pronta realizacion, pues todo parecía poderlo afirmar así. Una hija del czar de Rusia casó con un hijo del pretendiente de Inglaterra, conviniéndose que ambas potencias realizarían todos los imaginables esfuerzos para aprontar una escuadra de cincuenta navios de línea con treinta mil hombres de desembarco que mandaría en persona Carlos XII de Suecia.

Quedó acordado que estas fuerzas desembarcarían en Escocia, donde más adeptos tenía el que se nombraba Jacobo III, y que á este punto se dirigiría tambien la primera expedicion que saldría de España. Con objeto de que el emperador de Alemania no pudiera acudir al socorro de sus aliados, el czar Pedro entraría en Alemania con ciento cincuenta mil hombres, en tanto España llevaría á Inglaterra al Pretendiente.

De esta manera era seguro que teniendo Inglaterra necesidad de acudir á su seguridad interior, tendría que abandonar las empresas acometidas en el exterior, que era lo que Alberoni anhelaba, pues sin los socorros que la Gran Bretaña enviaba y con la defensa que los alemanes tendrían que hacer contra la invasion rusa, era cosa por demas segura para él apoderarse por completo de los Estados de Italia, empresa en la que fundaba su crédito.

Despues de realizadas estas expediciones las tropas victoriosas marcharían á la costa de Bretaña, donde, unidas con los desconcentos, procurarían la caída del regente, entregando el poder á una persona que asegurara la transmision de la corona á Luis XV.



D. VICENTE PORTOCARRERO DETENIDO EN POITIERS POR LOS FRANCESES.

## CAPITULO LIV.

Descubrimiento de la conspiracion tramada contra el regente de Francia.—Prision de los principales individuos que en ella tomaron parte.  
Detencion de los emisarios españoles.—Francia declara la guerra á España.

ALBERONI, que tan reservado se había mostrado anteriormente en todo lo que se refiriera á la comunicacion de sus planes, procedió con demasiada ligereza en aquella ocasion, y reveló la clave de ellos al baron de Waclet, que imprudentemente los reveló á todos los enemigos de España, sin que pueda determinarse qué fin ni qué objeto pudiera proponerse, pues nunca se supuso ni despues llegó á saberse que el referido personaje tuviera relacion ni interes con otra corte extranjera. Puede creerse sólo que, ponderada la astucia y reserva de Alberoni, quisiera Waclet dar una prueba de la confianza que á él dispensara, é hiciera las referidas revelaciones, que no tardaron despues mucho en llegar á oídos de los embajadores extranjeros, que tanto interes tenían en conocerlas, y para lo que habían montado un verdadero espionaje.

Con esto quedaron frustradas muchas esperanzas, é inútil es decir el despecho y cólera que se apoderaría del Cardenal al ver que no sólo se le había imposibilitado el auxilio que tan seguramente contaba, sino que en adelante su juego estaría descubierto y no podría utilizar, como hasta entónces lo había hecho, su profunda intriga.

A pesar de esto continuó sus trabajos para procurar la caída del regente de Francia. La conducta desarreglada y escandalosa del duque de Orleans se prestaba mucho á la censura y era causa de un general descontento en el interior, del que Alberoni procuró aprovecharse por todos medios. Muchos individuos de gran representacion, entre los que se contaban el mariscal de Villars, el de Ulxelles y el duque y la duquesa de Maine, eran contrarios manifiestamente á la regencia, y no eran pocos los partidarios del rey de España que deseaban fuera él quien ocupara aquel puesto.

Como prueba de esto se cuenta que el conde de San Simon, tan amigo del duque de Orleans, llegó á decirle un día: «Si el rey de España entrase desarmado en Francia, y confiándose nada más que á la nacion pidiese la regencia para sí, confieso que, á pesar del sincero afecto que os profeso, me apartaría de vos con lágrimas en los ojos y le reconocería por legítimo regente. Y si yo, que tanto os amo, desde que existo pienso así: ¿qué podéis esperar de los demas?»

La duquesa de Maine había entablado correspondencia con la reina de España por medio de nuestro embajador en Francia, Cellamare, y tambien la tenían entre sí el notable jesuita Tournemine con el P. Daubenton, confesor del rey de España, que pertenecía tambien á la Orden de San Felipe, todos los que trabajaban sin descanso por conseguir la caída del regente, y que fuera sustituido por el rey de España, trabajo que éste parecía aprobar y que Alberoni veía realizar con suma complacencia, pues era el unico modo de compensar la pérdida que su pasada imprudencia le había proporcionado.

Los oficiales franceses recibieron promesas de honores y gracias, y llegó hasta tal punto la conspiracion, que se pensaba ya en el golpe decisivo que había de ser apoderarse de la persona del regente y convocar á los Estados generales para que aprobaran los hechos y sancionaran el nuevo Gobierno, habiendo trabajado en esto muchas personas importantes, entre ellas el cardenal de Polignac.

Pero parecía determinado que los planes en que más confianza tenía Alberoni habían de frustrarse, haciéndole perder las fundadas esperanzas que concibiera.

En esta ocasion, cuando más bien medido parecía el plan, las imprudencias de Cellamare, ministro á quien se atribuye falta de circunspeccion y de tacto en la eleccion de personas para la ejecucion de los planes, y cuyo aire misterioso más excitaba que desvanecía la sospecha, fué causa de que se descubriera todo.

La conduccion de unos importantes pliegos á España la fué á un sobrino del cardenal Portocarrero, muy joven aún, pensando que esta circunstancia sería causa de que pasara desapercibido; pero quiso la casualidad que el día en que había de partir el joven don Vicente Portocarrero, en compañía del hijo del embajador Monteleon, uno de los secretarios de Cellamare tenía cita con una famosa cortesana de aquel tiempo llamada Gillon, á quien por disculparse de la tardanza dijo que había estado entretenido despachando los pliegos que los jóvenes habían de llevar á España.

Esta cortesana era íntima amiga del ministro Dubois, á quien inmediatamente dió cuenta de la confidencia que había recibido. Acto continuo se despacharon emisarios que cerca de Poitiers descubrieron á ambos jóvenes, y recogiendo los papeles fueron sellados y vueltos á Paris. Sometidos á un consejo, publicóse el relato de la conspiracion, dándose cuenta de ella en una carta circular á todos los ministros de las cortes extranjeras. A Portocarrero, que se hallaba detenido, se le mandó inmediatamente salir del reino.

De tal manera se iban poniendo las cosas, que muchos que toda su confianza la tenían en Alberoni iban perdiéndola, no porque dudaran de su talento ni dejaran de estar convencidos de que su ambicion particular sería de grandes y provechosos resultados para el país, sino por que descubiertos sus más importantes trabajos, ni las intrigas posteriores podían ser de gran alcance y trascenden-

cia, ni podía ya conseguir nada, dado el que estaban de antemano advertidas las naciones.

Entre los reyes de España y Francia había mediado en setiembre de 1718 una larga correspondencia, quejándose D. Felipe de la falta de consideracion del regente que, sin reparo alguno, se unía contra los enemigos de España, y aconsejándole que se reunieran los Estados generales, como único medio de contener los fatales males que había de causar la desastrosa política que en Francia se seguía, pues sólo con el único objeto de perjudicar á España podían haberse unido á Francia naciones que de tiempo inmemorial venían siendo enemigas.

Ademas de esto envió un mensaje á los tres Estados quejándose de la falta de consideracion del duque de Orleans, de su ilimitado poder, y de la injusticia de la cuádruple alianza, á lo cual contestaron los Estados con otro mensaje que principiaba: «Señor: todas las Ordenes del reino de Francia vienen á ponerse á los piés de V. M. para implorar su socorro en el estado á que nos reduce el presente Gobierno. V. M. no ignora sus desdichas, pero no las conoce en toda su extension. El respeto que profesan á la autoridad real... no les permite idear otro medio para salir de ellas sino por el de los socorros que de derecho esperan de la bondad de V. M.»

—Entre otros puntos decían: «¿qué podéis, señor, temer ni del pueblo ni de la nobleza, cuando V. M. venga á poner en seguridad sus fortunas? El ejército de V. M. ya todo está pronto en Francia, y V. M. puede estar seguro de llegar á ser tan poderoso como Luis XIV. V. M. tendrá el consuelo de ver que le aceptan con unánimes aclamaciones por administrador y por regente... ó de ver restablecer con honra el testamento del difunto Rey, augusto abuelo de V. M. Por este medio verá V. M. renovarse aquella union tan necesaria á las dos coronas, etc.»

El duque de Orleans, tan pronto como tuvo conocimiento de la conspiracion que contra él se había tramado, despidió al embajador Cellamare mandando prender inmediatamente al duque y á la duquesa de Maine, al mariscal de Villeroy, ayo de Luis XV, al cardenal de Polignac y á otros muchos personajes que en ella habían tomado parte y cuyos nombres se manifestaron por los papeles hallados.

El rey de España tomó idéntica medida, hizo despedir en un plazo muy breve al embajador frances en la corte de Madrid, duque de Saint Agnan, puso presos á muchos que figuraban como espías de las potencias aliadas, y, siguiendo los consejos del Cardenal, continuó prestándose á las maquinaciones de que esperaba tan buenos resultados, alentado á más con la esperanza que todos le daban por sus vehementes deseos de hacerse con la corona de Francia, á pesar de la renuncia que había hecho anteriormente.

Como si no fuera bastante la actitud en que Inglaterra se había colocado con respecto á nosotros, como si nada importara su declaracion de guerra, y fiados en los recursos que con actividad y constancia podían aún sacarse del país, continuaron las relaciones con Francia cada vez más tirantes y haciendo todo prever un próximo y fatal desenlace, pues en ello estaba interesada Inglaterra, que hacía trabajar activamente á sus agentes con el fin de que ambas naciones unidas pudieran contrarrestar el apoyo que daban á España las naciones del Norte.

El 25 de diciembre de 1718 el rey de España hizo una declaracion ó manifiesto, que más que razonada exposicion de motivos de queja, más que apercibimiento de los males que la conducta política de las naciones podía acarrear, era un llamamiento á todos los descontentos del regente, á los que decía esperaba con los brazos abiertos, y añadía: «Daré á los oficiales empleos proporcionados á su graduacion, incorporaré los soldados con mis tropas, y me alegraré de emplear (si fuera necesario), mis rentas en su favor, á fin de que todos juntos, españoles y franceses, peleen unidos contra los enemigos de ambas naciones.»

Tan pronto como llegó á Francia este manifiesto fué condenado como sedicioso por el Consejo de regencia, que, en vista de los pasos dados por el Gobierno español, y no habiendo ya otro remedio, decidió por fin apelar á las armas, y por último, el día 9 de enero de 1719, Francia declaró solemnemente la guerra á España, en un manifiesto donde detalladamente se expresaban los motivos todos que habían sido causa del rompimiento, se analizaban las justas causas que habían dado lugar á la formacion de la alianza de las potencias, señalando como principal la falta de cumplimiento á la cláusula del tratado de Utrecht, que garantizaba la neutralidad de Italia, á la que tan abiertamente España había faltado, por todo lo cual se censuraba agriamente la conducta del Gobierno español, sin aludir para nada al Rey, pues en todos los documentos cambiados con motivo de aquella ruptura, los monarcas se trataban con gran consideracion y respeto, culpándose de una parte al regente, y de la otra á Alberoni. A la citada declaracion de guerra contestó Felipe V con un documento en que explicaba los motivos que había tenido para oponerse á la alianza de las naciones, y una reseña histórica de lo que había ocurrido desde que terminó la guerra de Sucesion.



J. SERA, 11.

L. VIDAL, OLMO, 27.

BATALLA DE MELAZZO.

Riera, editor: Barcelona, Robador, 24 y 26.